

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

À CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas. ||



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

À CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID. { Un mes..... 1 pesetas.
{ trimestre..... 2,50
{ año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas
{ semestre..... 6
{ año..... 12

RASCA-BARBA

—Bien hallado, mi señor Don Quijote.
—Bien venido, Sancho. ¿Qué fué de tí durante estos días? ¿Dónde fuistes? ¿De dónde vuelves?
—De Avila.
—¿Qué se te había perdido en la ciudad de los santos y los cantos?
—Fuí á visitar á Rasca-barba, que si no es santo ponga vuesa merced que está el pobre hombre hecho un canto y que no da chispa alguna por más que le dimos choquetazos de eslabón el caballero D. Texifonte y yo; pero tiempo perdido.
—Ante todo, Sancho, dime á quién llamas Rasca-barba, que eso más parece mote y me suena á apodo ó alias que á nombre cristiano y apellido de persona grave y repolluda, que ambas cosas será cuando un socarrón astuto como tú y un periodista como D. Texifonte habéis ido á consultar ó á preguntar.
—Pues Rasca-barba es el señor del tupé, el señor «Aquí me las den todas...» y por otros nombres «Ande yo caliente» y «A mí qué se me da...» y «Ruede la bola...» y «Pata».
—¡Basta, empecatado Sancho! ¿Quién diablos te entiende con esa retahíla de tonterías?
—Pues Rasca-barba y tal y tal no es otro que D. Práxedes Mateo Sagasta, y llamámosle Rasca-barba... porque no tiene otra ocupación ni responde de otro modo si no es mirando al techo y rascándose la barba y encojiéndose de hombros.
—Sábeta, Sancho, que no es de pechos nobles, ni de juiciosos entendimientos, decir tales niñerías de un respetable varón como lo es el jefe de los liberales... ¡Ahí te va él á decir, ó le va á decir á D. Texifonte, lo que él piensa y lo que él proyecta!
—Mire, señor, que nos come la impaciencia á mí y á mis compañeros los innumerables mártires del fusionismo, los exgobernadores que por ahí andan con los sombreros deslustrados, los bastones sin borla, las levitas color ala de mosca, los rostros mustios, las miradas lánguidas y todos ellos hechos tristezas si no es en las botas que ya se les rien como de todos se rie, rascándose la barba, D. Práxedes. ¡Y mire no se agote en ellos la paciencia, que poco falta para tal apuro; á mí ya se me fué y ellos y yo hagamos con D. Práxedes lo que los avileses hicieron con D. Enrique IV el impotente: destronarlo, siquiera sea en estatua. Hecho estatua se está él ya...
—¿Pero qué diablos queréis que él haga?
—¿Qué? ¡Vaya una flemma! ¡No sino estémonos D. Alberto y yo y demás papándonos el dedo, que otra cosa no, quién sabe el tiempo! Veremos si llegamos á ser gobierno... ni allá por los años dos mil...
—¿Y para qué queréis ser gobierno?
—¡Salida buena es esa! ¿Para qué? ¿Pues para qué quise la insula...? Si estamos periciendo, señor Don Quijote; si pena da vernos... El pan caro, los caseros enfurecidos, cuentas, cuentas y más cuentas sobre nosotros... y luego... luego el estado del país...
—Vamos, Sancho, ¿qué pie tienes tú cojo? ¿Qué costilla te han quebrado? ¿De qué mano estás manco? ¿Qué dolores de tripas te dan? ¿Qué mal se te sigue á tí por lo que al país le suceda de malo?

—¿Piensa vuesa merced que puede uno ver con sosiego de ánimo que los yankees se impongan desvergonadamente á España, que las guerras no hayan terminado ya, que un obispo (el cual en otro tiempo denunció, según dicen, á los liberales para que los carlistas los fusilasen y formó parte de una partida facciosa) hoy resista á las resoluciones del gobierno de la nación? ¿Piensa vuesa merced que se puede sufrir el descrédito en la hacienda, la pobreza en el pueblo y el desorden en todo?
—¡Ah! ¿Luego vosotros, D. Práxedes y toda su plana mayor, y vosotros los famélicos gobernadorcillos, vais á poner remedio á todos esos males?
—¿Cómo si hemos de poner remedio, y aun remedios! Venga el partido liberal y luego se verá si tenemos ó no remedios, como moscas el verano y arenas la mar.
—Vaya, vengan en fórmula esas maravillosas recetas, que por Dios, señor nuestro, júrote Sancho, que ha de placermes mucho oír las y concellas, que si fuesen tales y como tú piensas que son, pondré empeño en que se apliquen y en sacar con esto á nuestra España de sus muchos males y en dalla aquella dignidad que á tan grande nación corresponde y aquel bienestar y sosiego, sin los cuales no es posible regular vida en los pueblos. Vayamos por partes. En cuanto á lo primero que dijiste de que los yankees se nos imponen y que eso (como muy discretamente hablaste) no ha de ser, ¿qué remedio tenéis para evitarlo?
—Uno.
—Veamos cuál.
—Saberlo yo, no lo sé. Cosa es del jefe.
—Bien, ¿y él qué dice?
—Que sí, que le habrá ó que le hay. Y se rasca la barba.
—¡Sancho, Sancho! Pon cuidado y mira no entienda yo que te burlas de mí, porque... bien sabes cómo las gano. Pero, en fin, demos que este remedio, por referirse á asunto internacional y por lo tanto delicado, sea un secreto; pero y respecto de las guerras, ¿qué haréis?
—¡Ah, respecto de las guerras!... Respecto de esto sí... que tampoco tenemos conocimiento del remedio. D. Práxedes se rasca la barba.
—¡Sancho! ¡Sancho! Que me va á cegar la cólera y no va á ser flojo el estacazo con que voy á medir tus costillas.
—No se enoje, señor. ¡Mire que no hago sino decirle la pura verdad!
—Buena, bien; ¿y respecto de política interior? Vamos que en esto no habrá misterio. Los carlistas amenazan con una nueva criminal tentativa de guerra, la reacción clerigallera está cínicamente avanzando para caer por completo sobre nosotros. Un programa franco y verdaderamente liberal se hace necesario. ¿Qué decir á esto?
—Pues, nada, que el jefe se rasca la barba.
—¡Burlas á mí! Ahora veredes,—dijo Agrajes.—He de molerte á palos. ¡Tuno! ¿Hacer burlas de mí? ¿Venirme con sandeces y mentiras?
—Júrole, señor, que todo cuanto le dije es verdad, que no he puesto cosa alguna que sea engaño. Así estamos y cómo acabo de manifestar á vuesa merced, sin que haya quitado por mí ni añadido cosa alguna. Que tal afirmé y tal afirmo, y si no váyase vuesa merced á

Avila, lléguese casa de D. Práxedes, lárguele vuesa merced uno de esos discursazos que vuesa merced dirige á los molinos de viento y á los pellejos de vino, que aquéllos parece que se mueven y éstos que tienen sangre, y verá vuesa merced que sin movimiento y, apuesto que sin sangre, entre los cantos como encantado, se le dará un camino á D. Práxedes de vuesa merced y de sus arengas y amenazas.
—¿Qué descansada vida!
—Sí, iré y le diré: ¡Oh, tú Práxedes, ó herrar...
—¡O herraros, dirían algunos fusionistas, á fe de Sancho.
—¡O herrar ó quitar el banco! ¿tienes otro programa ó no; si lo tienes, dilo clarito y bien, y si no lo tienes... vete con Castelar y la Pardo al rosario, al surao ó quédate ahí, y no hagas el papel de Cincinato ó de Wamba; deja que coma Aguilón, coquetée Moret, haga el D. Maura, engulla la gargarera de Gama...
—¿Sabe vuesa merced cómo responderá á todo eso D. Práxedes?
Rascándose la barba.
—¿Qué grandes políticos. Mal haya ellos.
—Atienda vuesa merced, á que para todo hay un estorbo.
—¿Cuál?
—Weyler. Cuando quiten á Weyler entramos. Y yo me pregunto: ¿Quién es el mozo que quite el cascabel al gato?
—Puede que por esto D. Práxedes sea un Rasca-barba.

ANATEMAS

¡Triste situación la del ministro de Hacienda. Las puertas del cielo están cerradas para él. La excomunión que le ha herido le veda encontrarse en el purgatorio con su exjefe el Sr. Cánovas, que allí mora, al decir del obispo de la Habana. Para ir al limbo faltale inocencia. El premio de su celo fiscal será la condenación eterna y los tormentos perdurables.
Si mal de muchos puede ser consuelo de ministros, quépale al Sr. Navarro el consuelo de que, como excomulgado, se halla en numerosa compañía. Excomulgados están todos los autores de los infinitos libros inscritos en el índice romano, con más sus numerosos lectores, es decir, casi todos los que saben leer. Excomulgados cuantos tuvieron arte ó parte en la desamortización de los bienes eclesiásticos y los que compraron tales bienes en concepto de nacionales, aunque después se hicieran neos. Excomulgados los mantenedores del *execuatur* y de los recursos de fuerza, los que han sostenido que la Iglesia no tiene poder temporal, lo que han mermado ó suprimido las inmunidades eclesiásticas, diezmos, jurisdicción, derecho de asilo, es decir, todos los regalistas, todos los monarcas de la Edad moderna, desde los llamados católicos por auto-nomasia.
Muchos de estos anatemas figuran en el *Syllabus*. Sin salir de él apenas sería difícil demostrar que los políticos más perspicaces de la restauración se encuentran fuera del gremio de la Iglesia. A título de masón está excomulgado Sagasta. Lo está Montero Ríos como